

LEONARDO HUEBE

Pasajeros  
en trance



Página 2

JUAN PABLO CINELLI

Vacaciones  
siniestras

Página 3

JUAN PABLO BERTAZZA

Escribir  
entre valijas

Página 4



télam  
AGENCIA NACIONAL  
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 266 | JUEVES 5 DE ENERO DE 2017

# Vacaciones literarias

No todo lo que brilla es arena y sol. Escritores y personajes en vacaciones muestran lo placentero o trágico que puede ser vivir y escribir en hoteles entre valijas y guías de turismo.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahra.com.ar](http://www.ahra.com.ar)

Las bibliotecas de la Ciudad de Buenos Aires ofrecerán a lo largo de 2017 un repertorio de actividades que se desmarca del clásico paradigma cifrado en la idea de un espacio solitario y silencioso para alojar puestas teatrales, instalaciones, ciclos gastronómicos y homenajes múltiples. "La biblioteca es siempre ese espacio cultural que tiene la obligación de redefinirse, que debe estar

actualizado todo el tiempo. No creo que exista otra institución que hoy tenga ese desafío por tanto énfasis", destaca el funcionario porteño Javier Martínez. A partir de febrero, la implementación de una biblioteca digital permitirá a los lectores acceder a una oferta de 15.000 títulos desde sus computadoras y dispositivos móviles, pero también desde las terminales de uso



# Pasajeros en trance



→ LEONARDO HÜBNER

Una lista de la literatura más relevante sobre vacaciones, y las anécdotas de los escritores en pausa veraniega, conforman un mosaico que describe esta noción alejada de la monotonía y el trabajo.



**VILLA VICTORIA.** EN 1941, JORGE LUIS BORGES SE INSPIRÓ EN EL PARQUE DE LA VILLA DE LA HERMANA DE SILVIA OCAMPO, PARA ESCRIBIR "EL JARDÍN DE LOS SENDEROS QUE SE BIFURCAN".

**H**ay escritores que la única intención que tienen al tomarse vacaciones es limpiar su mente, descargarse de historias y personajes por un tiempo para renovar fuerzas.

Por ejemplo, en el segundo tomo de *Las diarias de Emilio Renzi*, Ricardo Piglia le hace decir a su alter ego: "Tengo quince días para reescribir y ajustar el guión de B. Veré si puedo tomarme luego unos días de vacaciones y volver después a la novela".

A Piglia le suena Richard Ford, que en el cuento "Caridad" sentencia: "Las vacaciones no son para lamentar cosas, ni siquiera para pensar en nada".

Hay escritores que podrían catalogarse de turistas extravagantes. Mark Twain, George Bernard Shaw, Agatha Christie y Jack London preferían vacacionar en las playas para practicar surf. London, el mejor sobre la tabla; Twain, el peor.

A ellos se podrían sumar muchos autores porteños que, a los que se les da bien en las costas parece que les provocaba un deseso irrepresible de andar desnudos a orillas del mar. Así lo demuestran fotografías de Henry Miller, Allen Ginsberg, Tennessee Williams y Ernest Hemingway, entre otros.

En esta categoría de extravagantes no puede faltar Haruki Murakami, quien para pasar sus períodos de descanso se compró la casa utilizada como locación en la primera temporada de la tele-serie "Lost" (de la que el escritor es fanático), en Oahu, Hawái.

Hay autores, como Alberto Moravia, que por más que se alejen de sus lugares habituales de trabajo, jamás dejan de escribir.

Roland Barthes, en el ensayo "El escritor en vacaciones", del libro *Mitologías*, expresa: "La prueba de la maravillosa singularidad del escritor es que durante esas tan comentadas vacaciones, que comparte fraternalmente con obreros y dependientes, no deja de trabajar, o al menos no deja de producir. Falso trabajador, también es un falso vacacionista. Uno escribe sus recuerdos, otro corrige pruebas, el tercero prepara su próximo libro. Y el que no hace nada lo confiesa como una conducta au-

ténticamente paradójica, una hazaña de vanguardia, que sólo un espíritu fuerte puede permitirse mostrar".

Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo escribieron en "Villa Silvina", su casa de verano de Mar del Plata, la novela policial *Los que aman, odian*. En 1961, Bioy le escribe desde allí a su amante, la escritora mejicana Elena Garro: "Menos mal que este año trabajé. Escribí una novela, 'El compromiso de vivir', que estoy corrigiendo; una memoria sobre la pampa y los gauchos, y un cuento; 'El jardín de los sueños', y ahora un segundo cuento".

En 1941, Jorge Luis Borges se inspiró en el parque de "Villa Victoria", de la hermana de Silvina, para escribir "El jardín de los senderos que se bifurcan".

En el Suplemento Literario de *Telam* del trece de junio de 2016 aparece "La peluca beate de Borges y otras aventuras en Mar del Plata", un artículo de Natalia Duhaldet. En el transcribe la siguiente anécdota contada por María Ramella, ex presidente del Ente de Cultura de esa ciudad: "Al comienzo de los 60 Victoria se había enamorado de un grupo de vanguardia: The Beatles. Por lo que les hacía escuchar a sus conmensales los discos que había tra-

ído de Inglaterra... había traído pelucas imitando los pelos largos de sus integrantes. En una de esas noches en Villa Victoria a la anfitrión se le ocurrió ponerle a Borges una de esas pelucas, lo que lo enojó. Borges se fue ofendido a la de Silvina, donde estaba parado".

Hay otros, a los que las vacaciones le pueden dar una experiencia que puede contener el germen de una próxima ficción: por ejemplo, según lo que cuenta el peruano Mario Vargas Llosa en su columna del diario *El País*, mientras pasaba unos días con Isabel Preley en las islas de La Sonda, Polinesia, fue atacado por delusos que lo dejaron paralizado, flotando en el mar. En el futuro se verá.

Una lista incompleta de libros de vacaciones debería incluir a *Dos años de vacaciones*, de Julio Verne; *Muerte en Venecia*, de Thomas Mann; *Las Vacaciones de Maigret*, de Georges Simenon; *Asesinato en el Orient Express*, de Agatha Christie; *Tú y yo*, de Niccolò Ammaniti; *El placer del viajero*, de Ian McEwan; *La garzota*, de Anton Chéjov; *Una habitación con vistas*, de Edward Morgan Foster; *La misteriosa llama de la reina Loana*, de Umberto Eco; *La ciudad embarranzada*, de Martín Amis; *Las dos caras de enero*, de Patricia Highsmith; *Plataforma*, de Michel Houellebecq; *Baila, baila, baila*, de Haruki Murakami. Por último, nombrar el relato inabordable de J. D. Salinger: "Un día perfecto para el pez platano".

En julio de 2006, en el mensuario *El periodista* de *Tres Arroyos*, en un artículo titulado *Huellas* en la arena, Jorge Vogelias, hermano del fundador de la revista *Crisis* describe las últimas vacaciones de Haroldo Conti en las playas de Claromecó, en el verano de 1976, meses antes de ser secuestrado por una brigada del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército Argentino. Conti estuvo allí junto a su esposa alrededor de tres semanas, y aparte de haber disfrutado de los deportes de las caminatas por la playa, su única actividad social fue una charla literaria a la que asistieron unas cien personas. Fue, por ahí, nada más y nada menos que el breve momento de calma que antecede a las tormentas.

## PARAGUAY HOMENAJEA A ROA BASTOS EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Actos y ofrendas inauguraran en Asunción el "Año del Centenario de Augusto Roa Bastos", un programa que se extenderá durante todo 2017 para recordar la obra y la figura del escritor más importante de aquel país, nacido en 1917 y quien recibiría el Premio Cervantes en 1989. Los actos en recuerdo del autor de *Yo, el Supremo* se abrieron con una evocación poética y literaria en la

Biblioteca del Congreso. Con la presencia del ministro de Cultura, Fernando Griffith, y de miembros de la Fundación Augusto Roa Bastos, La Fundación, junto al centro El Cabildo, el brazo cultural del Congreso, son algunos de los agentes culturales que también pretenden organizar actos en la Argentina y en Francia, países en los que vivió exiliado Roa Bastos.



JUEVES 5 DE ENERO DE 2017 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

# Vacaciones siniestras

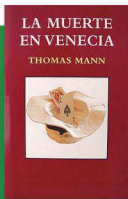
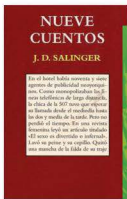


→ JUAN PABLO CINIELLI

Las vacaciones que viven los personajes de obras trascendentales no suelen parecerse para nada a las planeadas y recordadas por los turistas. Cuatro obras que son un fiel reflejo de estos desasosiegos.

En contra de los sindicatos que lucharon por imponerlas como un derecho para todos los trabajadores, la literatura no parece encontrarle el lado bueno a las vacaciones. Mientras para el común de los mortales estas equivalen a una mezcla de alegría trivial con una ilusión de descanso reparador, los escritores no ven en ellas otra cosa que miseria, dolor y tragedia. Eso no significa que estén en contra del derecho a descansar ni que se opongan al concepto mismo de las vacaciones. De hecho en una rápida recorrida por Internet se pueden encontrar fotografías playeras de autores eminentes. Pero a la hora de escribir, el escenario de las vacaciones difícilmente sea el elegido para contar historias ligeras o felices.

No se intenta desde aquí convertir a semejante afirmación en una verdad absoluta, más bien lo contrario. Se trata de una afirmación por completo arbitraria, de un razonamiento que cualquier profesor de lógica desearía ensagundar por falso. Apenas una provocación que pretenda dar visos a un universo de cuatro obras (dos cuentos y dos novelas), se permite defender una teoría por demás discutible. Sin embargo no es una provocación gratuita, porque se apoya sobre cuatro obras cuyo peso específico la justifican y permi-



ten que por lo menos deba ser tomada en cuenta. Al mismo tiempo demanda que quien desee referirla deba tomarse el trabajo de conseguir otros cuatro textos de valor equivalente, que sirvan para sostener la idea contraria.

Si las vacaciones tal como las conocemos hoy son un invento consolidado por las sociedades de posguerra a partir de la idea keynesiana del Estado de Bienestar, nada mejor que recurrir a la literatura de la época para ver de qué modo se las representó en aquel entonces. Y en particular a las letras de los EE.UU., en donde el New Deal y el triunfoismo de la Segunda Guerra Mundial hicieron surgir esa sociedad idealizada del confort hogareño, bajo una alfombra se barrieron las espinas de los horror. Todo eso aparece retratado con precisión en *Un día perfecto para el pez banana*, primer cuento de los *Nueve Cuentos* (1948) de J. D. Salinger. El relato se divide en tres actos, que en lugar de ser identificados como introducción, nudo y desenlace bien podrían ser llamados: advertencia, temor y tragedia. El primer acto muestra a una jovenita que está de vacaciones en un hotel de Florida y habla por teléfono con su mamá. La se-

ñora le pregunta con desesperación cómo está y si Seymour, el novio de Muriel, se ha portado bien. Muriel minimiza las preocupaciones de mamá, pero la mujer insiste y aunque nunca termina de decir nada en concreto, el lector sospecha que algo no anda bien en la cabeza de Seymour, quien hace poco regresó del frente de batalla. Temor: Sybil es una niña de 5 años. Su madre la deja sola en la playa para irse a tomar un trago y ella va a buscar a Seymour, que está solo tomando sol. Hablan como amigos y Sybil le hace una escenita de celos porque anoche permitió que otra niña de 3 años se sentara junto a él en el piano del hotel. El le propone ir al mar a pescar un pez banana. La niña no sabe qué es eso y la explicación de Seymour es vaga. Mientras juegan con las olas, ella exclama que acaba de ver un pez banana. Él besa un pie de la niña y ella se sobresalta. Enseguida vuelven a la playa y se despiden. Tragedia: Seymour discute en el ascensor del hotel con una mujer porque se quejara de mirarlo desnudo. Ella le dice que él está en el cuarto y encuentra a Muriel dormida, Seymour se sienta en la cama y se pega un tiro.

En 1951 John Cheever publica *Adiós, hermano mío*, drama familiar con tintes autobiográficos. Los Pommeroy pasan todas sus vaca-

ciones en la casa que tienen en una isla balnearia. Este verano volverá Lawrence, el hermano menor a quien hace muchos años dejaron de ver. Aunque lo reciben con cariño, enseguida queda claro que Lawrence opone resistencia y que la alegría de su madre y sus tres hermanos mayores al verlo es apenas un simulacro. El cuento está narrado por uno de los hermanos, quien al describir el vínculo de la familia con Lawrence oscila entre el desprecio y la culpa. El narrador trata de conciliar con él, pero sólo recibe desplantes y quejas que se remontan a la infancia. Cheever realiza un retrato vívido de la decadencia y la pretensión aristocrática de los Pommeroy y utiliza el conflicto para llegar hasta el origen puritano de los ancestros familiares, que son también la raíz cultural de los EE.UU. Durante una caminata por la playa el narrador intenta una vez más reconciliarse con Lawrence, aunque en realidad pretende que sea él quien renuncie a sus recelos contra todos, cuando está claro que son los demás quienes han convertido al niño en un adulto. El niño muere en el niño familiar que tarde o temprano debe ser expulsado. Algo que ocurrirá cuando Lawrence

repude a su hermano y este le pegue por la espalda un palazo en la cabeza. Lawrence regresa al continente con su mujer e hijos y el resto de los Pommeroy se queda en la isla, una burbuja en la que el tiempo familiar parece detenerse por siempre.

Pero no hace falta quedarse en EE.UU. para comprobar que para la literatura las vacaciones son una habitación oscura donde lo reprimido se manifiesta con la fuerza de lo trágico. De hecho las vacaciones pueden ser señal de siniestras para los autores europeos. Ven sin lo que le ocurre a Gustav von Aschenbach cuando decide irse a veranear a Italia, en *Muerte en Venecia* (1912) del alemán Thomas Mann; o a los alumnos de una escuela inglesa cuyo avión se estrella en una isla desierta en *El señor de las moscas* (1954), de William Golding. En la primera de estas dos novelas un escritor decide alejarse de la decadencia urbana para ir en busca de una belleza purificadora y termina enamorándose secretamente de un adolescente enfermizo, en medio de un brote de cólera que comienza a asolar a la ciudad de los canales. La atmósfera de amenaza creciente domina un relato que puede ser leído como metáfora de la crisis de valores de la decrepita sociedad victoriana, que dos años más tarde enfrentaría su definitiva crisis política con el comienzo de la Primera Guerra. La novela de Golding en cambio aprovecha para esbozar una crítica de las estructuras de la sociedad moderna, a partir del modo en que este grupo de chicos las recrea en su primitiva forma de organizarse para sobrevivir en la isla. Los violentos conflictos de poder que el novelista inglés hace surgir entre las facciones de niños parecen salidos de un experimento social y su concepto se adelanta unos cuantos años a experimentos reales como el de Stanley Milgram en la universidad de esa ciudad y sobre el que se hicieron varias películas. Conclusión: en vacaciones es mejor leer libros que protagonizarlos y no es mala idea empezar por estos cuatro.

Los museos españoles realizarán este año exposiciones dedicadas a Pablo Picasso al cumplirse el 80 aniversario del bombardeo a la ciudad vasca de Guernica, a partir del cual el artista compuso una de sus obras más emblemáticas y un símbolo mundial del arte contemporáneo. El Reina Sofía organizará la muestra "Piedad y terror en Picasso: el camino a Guernica",

y el Thyssen-Bornemisza su propuesta "Picasso/Lautrec". Mientras que el Museo Picasso de Barcelona propondrá "Retratos". Además, en 2017 se cumplen 25 años de la llegada de ese cuadro al Museo Reina Sofía (de cuya colección permanente forma parte), y es también por eso que el centro de arte madrileño organizará esa muestra, con casi 150 obras del artista.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 5 DE ENERO DE 2017 ■ SLT.TELAM.COM.AR



## CONTRATAPA

→ JUAN PABLO BERTAZZA

# Escribir entre valijas

Kafka, Verne, Borges, Benjamin funcionan como marco para poder entender la construcción de una escritura de viajes, en especial la del autor italiano Antonio Tabucchi.



TABUCCHI. ES DE LOS VIAJEROS QUE GUSTAN DE IR A PIE PARA IMPREGNARSE DEL AIRE DE LOS CENTROS TURÍSTICOS QUE VISITA.

En *Toría del viaje, poética de la geografía* (Taurus), el filósofo Michel Onfray afirma que "el deseo del viaje se alimenta mejor de fantasmas literarios o poéticos que de propuestas empobrecidas por un exceso de apariencias de una realidad simplificada como sucede con las fotografías o las películas". La misma valdía podría tener el planteo inverso: viajar a las ciudades descritas por ciertos escritores suele ofrecer claves importantes a la hora de interpretar su obra: conocer Praga, y en especial su siempre visible pero postergado castillo (que no es un único edificio sino un complejo) en el que se destaca la maravillosa catedral de San Vito), hace pensar en Kafka más como un escritor observador de su entorno que como un autor fantástico y rebuscado como se lo suele leer.

En el siglo XIX el gran escritor de viajes fue Julio Verne, aun cuando su paradigma sedentario parece haber potenciado aún más su creatividad si creemos la anécdota según la cual Jules, con sólo once años de edad, se escapó de su casa para embarcar como grumete en un barco que zarpaba rumbo a Lisboa. El padre de este severo Pierre Verne, llevó de vuelta a casa al aventurero, y tras retarlo severamente le hizo jurar que no viajaría más que en sueños. Ya en el siglo XX, uno de los más destacados a la hora de escribir entre valijas es el escritor ita-

liano Antonio Tabucchi, a tal punto que la publicación en un futuro cercano de sus obras más que índice debería incluir un planisferio. Sin ir más lejos, el instante exacto en que se convierte en escritor lo encuentra a Tabucchi precisamente de viaje, un verdadero giro del destino al descubrir un ejemplar de *Tabucchi*, ese inspirador poema de Pessoa mientras paseaba a orillas del río Sena en París. Desde ese entonces Tabucchi, que estudiaba Filosofía y Letras en la Universidad de Pisa, decidió tirar todos los libros y apuntes para emprender un viaje con un Fiat 500 a Lisboa, donde se consolidaría con siempre no solo su filiación con el gran poeta de los heterónimos sino también su incondicional amor por Portugal.

Pero si hay un libro que cuenta la historia de esta ciudad de pasaporte de Tabucchi es *Viaje y otros viajes*, una recopilación, reelaborada y corregida, de más de cincuenta artículos publicados

entre comienzos de los noventa y finales del 2009 en los diarios italianos *Corriere della sera*, *La Repubblica* y también en la revista *Grassetto Casa*. De Florencia a París, de Madrid a Barcelona, de Nueva York a Kioto, de El Cairo a Río de Janeiro, este libro constituye una impactante guía de turismo donde se mezcla la experiencia de vida -Tabucchi es de los viajeros que gustan de ir a pie para impregnarse del aire de los centros turísticos que visita- con un notable conocimiento del arte y la cultura. Así, mientras ofrece algunos consejos prácticos para visitar cada uno de los lugares que recorre -no olvidar llevar prismáticos al Museo del Prado en Madrid ni visitar la capital de Egipto con el asesoramiento de una buena agencia de viajes, por ejemplo-, Tabucchi también se dedica a explorar la ciudad de Lisboa a la luz de la historia vinculada con la idiosincrasia de cada lugar del mundo -la notable producción de olivo en Creta fue fundamental para la caída del nazismo, ya que en 1941 los cretenses resistieron la invasión alemana gra-

cias a una especie de hoz que usaban para el cultivo, aniquilando heroicamente al batallón de nazis. Y también da rienda suelta a su interpretación, como cuando al referirse al distrito de Marameures, la zona de los Cárpatos del noroeste de Rumania, asegura que ahí se toman la muerte con mucho sentido del humor, para luego rematar con un "no en vano Rumania es el país de Tristan Tzara y de Ionesco".

Tampoco faltan en este libro algunas claves que regala Tabucchi acerca de la analogía entre la escritura y el viaje, ni de su propia obra, sobre todo de una de los dos libros que aseguraron su consolidación a nivel internacional, *Répertoire*. "Además de una alucinación, la novela es también un vagabundeo, un paseo errático a través de la ciudad de Lisboa que involucra a una mítica y mágica ciudad alguna".

Es vagabundeo, es perderse en las calles que, según Walter Benjamin, constituía la mejor fie-

ra de conocer una ciudad, es lo mejor que tiene para ofrecer este viaje, una obra de consulta que se disfruta en toda su plenitud leyéndola sin orden, de manera caótica y desordenada, tal como llega la información de diversa índole cada vez que arribamos a un lugar desconocido.

Pero, se sabe, viajar es uno de los verbos más abiertos y transitivos que existen; Tabucchi -quien uno de los aspectos que más lamentaba de su enfermedad que lo terminaría venciendo el 25 de marzo de 2012 era, justamente, la imposibilidad de poder viajar- lo sabía muy bien y por eso nos dejó, hacia el final de este volumen, una serie de formas alternativas de viajar: viajes por interposita persona -sitios que no llegó a conocer en persona sino gracias a una anécdota o determinada lectura-, viajes por interposita ciudad -destinos mitológicos y vigentes como Atlántida- y también viajes simbólicos, como esa excepcional lectura de la Buenos Aires mitológica y anacrónica que emerge de los primeros libros de poesía de Jorge Luis Borges.